

VANIDADES

(Contrapunto londinense)

La vanidá es yuyo malo
Que envenena toda huerta.
Es preciso estar alerta
Manejando el azadón.
Pero no falta el varón
Que la riega hasta en su puerta

Atahualpa Yupanqui
(Coplas Del Payador perseguido)

A propósito de las interminables exequias de la reina Isabel II de Gran Bretaña, con las que los medios nos han estado bombardeando sin piedad durante estos días, se nos ocurrió una suerte de contrapunto londinense, por así llamarlo, en torno a una cuestión propiamente humana: la vanidad. Es cierto que se habla de la vanidad del pavo real, del orgullo del rey león, del privilegio de la abeja reina y cosas así, pero no serían más que proyecciones respecto de conductas instintivas a las que hominizamos, les damos un sentido antropocéntrico, pues, para los humanos, nuestro ego es lo que está en el centro del universo, la medida de todas las cosas.

Dichas exequias fúnebres, que duran varios días, constan de, también interminables, actos, ceremonias religiosas y civiles, desfiles militares y otros despliegues escénicos, enmarcados en una atmósfera que pretende aparentar y transmitir el más solemne de los recogimientos.

Esta impresionante exhibición pública, rodeada de tanta pompa y magnificencia, rigurosamente cuidada en sus más mínimos detalles, en su afán de ostentación de grandeza, de pronto se desliza hacia lo grotesco y lo ridículo, lo decadente y anacrónico, al igual que la institución misma de la monarquía, que busca aprovechar la ocasión para darse un “baño de masas”, como dicen.

De esta forma, el despliegue de los ropajes y atuendos del vestuario (trajes de gala, uniformes, sombreros, cascos y pelucas) en el marco de una escenografía multicolor (carruajes, coches y carrozas) conforman una suerte de gran carnaval británico, con disfraces para todos los gustos, que engalanan a personajes extravagantes, caricaturescos, incluso bufonescos.

Tal vez, como símbolos de una decrepita, patética y nostálgica vanidad perdida de los que alguna vez se creyeron dueños del mundo y por una suerte de designio divino o de *Manifest Destiny* (no los únicos, claro está, puesto que se trata de una posta que se va pasando entre los imperios) Bendecidos por él, otrora vanguardia del capitalismo y del imperialismo, se sintieron autorizados a cometer todo tipo de crímenes durante siglos, a través de sus conquistas, robos y tropelías a lo largo de los cinco continentes y los siete mares. Eso sí, sin perder el británico sentido del humor ¿Acaso no nombraron "Sir" (y convirtieron en héroe nacional) a un pirata como Francis Drake?

Detrás de todo ello, descorriendo toda esa fulgurante y densa cortina, lo que queda como resto (en el lugar de la causa) es la muerte pura y simple, como desenlace biológico inexorable, de una anciana de 96 años.

A pocos metros de la famosa Catedral de Westminster, epicentro y culminación de los funerales, está Trafalgar Square flanqueada por esos cuatro imponentes y vanidosos *british lions* de bronce (By the way: ¿alguna vez alguien vio un león en Inglaterra?) Allí se encuentra también la majestuosa National Gallery que, entre sus piezas más afamadas, alberga la obra maestra del alemán Hans Holbein el Joven, denominado "Los embajadores".¹ El cuadro fue pintado en 1533, en un contexto europeo convulsionado por la ruptura entre Enrique VIII y la Iglesia católica y retrata a Jean de Dinteville (embajador de Francia en Inglaterra, quién encargó la pintura) y su amigo el obispo Georges de Selve (embajador francés ante el Imperio romano germanico y la santa sede)

Como es común en los cuadros del Renacimiento, ninguno de los varios objetos y elementos que aparecen en la pintura están allí por azar y tienen un valor simbólico, por lo que está llena de señales enigmáticas que se ofrecen a ser descifradas e interpretadas y que han dado lugar a diferentes investigaciones y lecturas, entre ellas la de J. Lacan.

En primer plano están los cuidados y ricos detalles de las vestimentas y adornos de ambos personajes, mientras que en un segundo plano hay un mueble de dos estantes sobre los que están dispuestos diversos objetos. En el superior puede verse una esfera celeste, objetos para la medición del

¹ Debo esta referencia a mi esposa Soledad Sosa.

tiempo, como un reloj de sol y un libro, mientras que en el inferior hay un globo terráqueo, dos libros, un laúd y cuatro flautas en un estuche. Se considera que representan el llamado *quadrivium* de la Edad Media, compuesto por las cuatro ciencias matemáticas entre las siete artes liberales: la aritmética, la geometría, la música y la astronomía.

Pero, sin duda, el objeto más atractivo y enigmático de todos es el que ocupa, tampoco por casualidad, el centro mismo de la pintura; un objeto oblicuo que está suspendido, pues no se apoya en nada y que resulta tan difícil de designar (Lacan, dice que se parece a esos relojes blandos de Dalí). Técnicamente es una *anamorfosis* de un cráneo humano, es decir, un efecto de perspectiva, una deformación intencionada de una imagen que sólo puede ser develada mediante un efecto óptico, usando por ejemplo un espejo curvo y que obliga al espectador a situarse en una perspectiva predeterminada y concreta para descubrir la imagen y poder ver lo que, en principio, no se ve. La función de la mirada, más allá del brillo y esplendor fálico y su fascinación, que aquí, puntual y fugazmente, deja ver lo invisible en lo visible. En la presencia de la calavera, símbolo clásico de la muerte, no reside la genialidad de la obra, sino en su carácter encubierto, oculto, como aquello que no está y a la vez, veladamente, está siempre allí. Delante de la cortina que oficia como fondo de la pintura, está el mundo de los hombres con los objetos de su vanidad, que son objetos del conocimiento: la matemática, la ciencia, la música, el arte; al cabo, oropeles, que esconden a su mirada, lo radicalmente desconocido que está por detrás del telón. Semioculto por la cortina y casi imperceptible, en el ángulo superior izquierdo, hay un enigmático crucifijo, que podría representar a Cristo, ubicado a medio camino entre la vida y la muerte.

Ambos personajes, mandatarios ilustres de la época, a pesar de toda la grandeza y ostentación con que nos son presentados, son simples mortales, al igual que el resto de la humanidad y frente a la muerte todo lo que han hecho y poseído en vida ya no tendrá ningún valor.

No encontramos mejor síntesis que la de Lacan: "El singular objeto que flota en primer plano, está ahí para ser mirado y atrapar así al que mira. El cuadro nos convoca como sujetos y nos representa como atrapados. Porque el secreto de este cuadro que presenta la vanidad de las artes y las ciencias, se revela en el momento en que, alejándonos un poco, volvemos luego la

vista y descubrimos lo que significa el objeto mágico que flota. Refleja nuestra propia nada, en la figura de la calavera". (Seminario 11, clase del 4/3/1964)

La noción de vanidad, como rasgo de carácter o conducta, está habitualmente asociada, en calidad de sinónimos, a la de soberbia, orgullo, arrogancia, jactancia y vanagloria; es decir a una pasión relacionada con el narcisismo, con el amor hacia sí mismo. Sin dejar de incluirla, no es esta la vertiente que más nos interesa enfatizar.

El término *vanidad* viene del latín *vanitas* que significa "cualidad de lo vano", del cual deriva, mientras que *vano* (*vanus*) concepto sobre el que haremos hincapié, tiene varios significados conexos. Designa lo vacío, lo vacuo, lo fútil; lo hueco o falto de realidad y sustancia. Implica la presunción de que se posee algo cuando en el interior está vacío, es decir, aquello que, en calidad de pura apariencia, vela una nada, un agujero central. También, hace referencia a lo "sin valor", a lo inútil e infructuoso, respecto de lo perecedero de las cosas terrenales; a lo breve del tránsito en la existencia y a su sinsentido esencial.

Es bien sabido que la vanidad es uno de los siete pecados capitales para la Biblia y muy conocida la referencia al Eclesiastés 1:2: "Vanidad de vanidades", dijo el Predicador (Salomón) "vanidad de vanidades, todo es vanidad.", refiriéndose al aferrarse a las cosas terrenas y al amor a sí mismo y ofertando como alternativa la necesidad y el temor de dios. Es decir que la vanidad, en un sentido bíblico, es la creencia de que se puede prescindir de dios, por lo que en muchas traducciones bíblicas y teológicas se emplea soberbia en lugar de vanidad.

Dios como simbólico, sostiene el fantasma de un vidente universal, de una mirada que nos preexiste como sujetos, omnipresente y omnivoyeur, que va al lugar de ese objeto representado en el cuadro de Holbein. Un objeto que no vemos, y que, a la vez, somos mirados por él, un objeto que no está en la conciencia y en la visión, sino en lo real.

En sus confines, en su borde, el velo (la vanidad) y lo velado (la muerte) pueden encontrar una articulación forzada. Si la esencia de la vanidad es la ilusión de burlar, de ganarle al Amo absoluto, en el límite de lo que esta viene a velar, es posible hacer de la propia muerte un acto de vanidad. Cabe

preguntarse si el acto suicida no lo sería en sí mismo; un acto privado pero que puede ser objeto de una mostración pública. Tal el conocido caso del escritor y poeta japonés Yukio Mishima, quien en 1970 se sometió al ritual suicida del *Seppuku*, en presencia de testigos y acompañantes, luego de haberlo anunciado y fotografiado con larga y detallada anticipación.

i!«Cosas veredes, Sancho, que non crederes»!!

Setiembre 2022